

Sahel, la constante inestabilidad

Coronel Luis Moreno Esteban

División de Coordinación y Estudios de Seguridad y Defensa (SEGENPOL)

SITUADA entre el desierto del Sahara al norte y las regiones más húmedas de África Occidental al sur, esta franja de tierra abarca varios países, cada uno con sus propias características culturales, políticas y ambientales, y su propio contexto histórico y social. Las amenazas presentes en África, especialmente en la región del Sahel, son múltiples y variadas, con diversas causas y consecuencias. Vamos a intentar desglosar, de una manera breve y concisa, las que son consideradas más relevantes.

En primer lugar, podríamos hablar del crecimiento exponencial del terrorismo y del crimen organizado, que se han extendido por todos los países sahelianos, y se traducen en un incremento de la trata de personas, mayor movimiento en lo que se refiere al tráfico de armas y un aumento significativo de incidentes armados. Claro ejemplo es lo que está ocurriendo en Malí, donde los terroristas de Al Qaeda, a través de su franquicia para el Sahel, el Grupo de Apoyo al Islam y los Musulmanes (JNIM), llevan atacando de manera sistemática los camiones cisterna encargados de suministrar el combustible a la capital, Bamako; los atentados son casi diarios, llegando incluso a la quema de camiones escoltados por fuerzas militares. Este combustible se importa por carretera de Senegal, Costa de Marfil, Mauritania y Guinea. Según el Índice Mundial de Terrorismo 2024, Burkina Faso, Malí y Níger se encuentran entre los diez países más afectados por el terrorismo en todo el mundo.

El difícil problema de falta de gobernanza ha ido derivando en los últimos años en un aumento considerable de golpes de Estado (podríamos hablar del caso de Malí, Burkina Faso, Guinea Conakry,

Níger, Sudan...) de los cuales un elevado porcentaje se tradujo en un cambio de régimen político. Esto ha derivado en serios conflictos internos para unas democracias muy jóvenes y de por sí inestables, aflorando una multitud de diferentes líderes políticos que se disputan el poder y crean un microcosmo de grupos que no llegan nunca a ningún consenso. Las repetidas y constantes elecciones no siempre son lo suficientemente transparentes y democráticas. República Centroafricana (RCA), donde el pasado 28 de diciembre se han celebrado unas elecciones cruciales, las primeras desde 1988, es un ejemplo claro de lo expuesto. El presidente Faustin-Archange Touadéra, que buscaba un tercer mandato, resultó ganador por amplia mayoría, pero los resultados —aún pendientes del escrutinio total, con cerca del 85 por 100 contabilizado el 6 de enero— han sido denunciados por fraudulentos por la oposición. Durante la campaña electoral se produjeron arrestos de diversos candidatos por lo que el principal partido opositor (BRDC) decidió boicotear la votación bajo el argumento de las prácticas represivas del gobierno. Sin embargo, la misión de observadores de la Unión Africana (UA) ha destacado en su primera valoración el carácter pacífico y acorde a los estándares internacionales de la votación.

Hay un crecimiento exponencial del terrorismo y el crimen organizado que se traduce en un incremento del tráfico ilegal de personas y armas



Marco Dormino/ONU

Por su parte, Camerún acaba de celebrar elecciones el pasado 12 de octubre, conociéndose los resultados el 27 del mismo mes. El presidente de Camerún desde 1982 y candidato a la reelección, Paul Biya, de 92 años, fue declarado vencedor de las elecciones presidenciales según los resultados oficiales anunciados por el Consejo Constitucional, lo que ha provocado serias protestas con un número todavía indeterminado de víctimas.

Continuando el análisis de situaciones conflictivas, hay que señalar que el Sahel también es un punto de encuentro para diferentes etnias y culturas. Las comunidades tuareg, fulani y soninké son solo algunas de las que habitan esta región. Cada una de estas comunidades tiene sus propias tradiciones, lenguas y estilos de vida lo que, en ocasiones, hace difícil la convivencia dentro de fronteras trazadas sin tener en cuenta esas diferencias. Además, la población de estos países, mayoritariamente joven y con una alta tasa de crecimiento demográfico, supone tanto una oportunidad como un reto ya que, pese a que podría convertirse en un motor de cambio y desarrollo, también agudiza los problemas de escasez de recursos, falta de empleo, tensiones interétnicas, condiciones socioeconómicas precarias y la falta de oportunidades. Esto ha provocado que el extremismo violento encuentre un terreno fértil en el Sahel, derivando en que muchos jóvenes se hayan unido a grupos armados. Estos grupos a menudo explotan las tensiones existentes entre diferentes comunidades, lo que deriva en ciclos de violencia que son difíciles de romper.

Por otro lado, el clima del Sahel es predominantemente árido y semiárido. La falta de agua es uno de los principales desafíos

en la región. Estos problemas endémicos se han agudizado por el cambio climático, que se convierte en un factor desestabilizador clave; las sequías se están volviendo más frecuentes y severas, lo que pone en peligro la seguridad alimentaria y los medios de vida de millones de personas. Por lo tanto, la región enfrenta un doble desafío: adaptarse a las condiciones climáticas actuales y prepararse para un futuro en el que todavía pueden empeorar más.

Como resumen podemos afirmar que existen unos factores desestabilizadores que marcan el devenir de la zona: extremismo violento marcado por el terrorismo, inestabilidad política, tensiones interétnicas, población mayoritariamente joven sin un futuro claro, desigualdad socioeconómica y un clima cada vez más adverso que dificulta un desarrollo sostenible.

En 1993, el economista británico Richard M. Auty acuñó el término «maldición de los recursos» en referencia a cómo los países ricos en recursos a menudo se desarrollan de manera más lenta, corrupta y violenta. El Sahel dispone de abundantes recursos minerales, pero estos rara vez se han podido convertir en motores de desarrollo económico.

ACTORES EXTERNOS

A estas amenazas, propias e intrínsecas de los países que conforman el Sahel, habría que añadir aquellos actores externos que influyen en mayor o menor medida en sus líderes políticos. Hablamos, a grandes rasgos, de países como Rusia, China, Turquía, Irán o Emiratos Árabes Unidos. La disminución de la presencia occidental, visiblemente materializada por la retirada de Francia,

ANÁLISIS



Eskinder Debebe/ONU

o, incluso, por el repliegue de Estados Unidos en ciertas zonas, ha generado un vacío que ha sido rápidamente aprovechado por otras potencias para situarse en primera línea como colaboradores necesarios de los gobiernos sahelianos.

Recordemos la retirada de las tropas estadounidenses de sus bases en Níger en abril del año 2023. Dicha retirada, llevada a cabo a petición de la Junta Militar gobernante del país, que tomó el poder en un golpe de Estado en julio del año 2023, se produjo a pesar de los importantes esfuerzos diplomáticos de los funcionarios de la administración Biden para mantener las dos bases estadounidenses en territorio nigerino. Este movimiento se produjo tras la retirada de las tropas francesas del país a finales del 2023.

Los cada vez más frecuentes golpes militares en todo el Sahel han trastocado los esfuerzos antiterroristas occidentales, abriendo la puerta al despliegue de mercenarios rusos. Docenas de ellos llegaron a Níger en 2024, haciendo eco de un patrón visto anteriormente en Malí y Burkina Faso, donde agentes del grupo mercenario Wagner (*Africa Corps*) aterrizaron en ambos países poco después de una retirada francesa.

Rusia ha seguido aumentando su presencia y compromiso económico con las juntas del Sahel (Malí, Níger y Burkina Faso). Claro ejemplo de ello es la reunión mantenida por el líder de la junta maliente, Assimi Goita, con el presidente ruso Vladimir Putin y otros funcionarios en su viaje a Moscú el pasado mes de junio de 2025. Malí y Rusia firmaron varios acuerdos durante esta visita, incluidos acuerdos sobre cooperación y comercio de energía nuclear. A su vez, Burkina Faso firmó un acuerdo con Rusia sobre cooperación en energía nuclear; este país ha estado trabajando con la empresa estatal rusa de energía nuclear Rosatom para construir una central en Burkina Faso desde 2023.

Los acuerdos son el primer compromiso importante entre las Juntas y Rusia desde que los ministros de Relaciones Exteriores de Burkina Faso, Malí y Níger (la Alianza de Estados del Sahel, AES) se reunieron con el ministro de Relaciones Exteriores de la Federación Rusa, Sergei Lavrov, en abril de 2025. El AES es un bloque económico, militar y político prorruso que el Kremlin quiere utilizar como modelo y conducto en todo el continente para atraer a otros estados de África Occidental y el Sahel a la órbita rusa. En esta dinámica, estados como Chad, Sudán y Togo están mostrando

signos de acercamiento a Moscú a medida que se han ido aproximando a la AES. Rusia está tratando de suplantar la presencia e influencia occidental en África a través de la AES, afirmándose como una gran potencia revitalizada centrando sus esfuerzos en la cooperación en materia de defensa y seguridad, tratando de reemplazar las asociaciones militares occidentales que existían con los estados AES.

No obstante, el comercio y la inversión rusas siguen estando rezagados con respecto a China y a los países miembros de la UE y es probable que esta situación se mantenga, dadas las proyecciones a la baja de la economía rusa. Los proyectos de energía nuclear intentan demostrar que puede abordar las necesidades energéticas de África, tratando de situarse a la altura de otras grandes potencias como China o el Occidente colectivo. Está por ver la viabilidad y sostenibilidad de algo tan complejo como una central nuclear en países con limitada capacidad tecnológica y logística.

Hemos podido vislumbrar como la influencia rusa se centra, sobre todo, en proporcionar ayuda militar y en materia de seguridad. China, por su parte, se ha dedicado a aumentar sus intereses e influencia en la parte socioeconómica, financiera y de infraestructuras.

Pekín está muy interesada en la explotación minera de esta región; a modo de ejemplo podríamos hablar de la empresa Ganfeng Lithium, actualmente trabajando en la extracción del litio en la mina de Goulamina (Malí). Aunque las autoridades malenses, desde el golpe de estado, han endurecido las medidas con nuevas disposiciones en el sector minero (hasta un 30 por 100 de las acciones de cada mina deben pertenecer al Estado), se ha producido un aumento significativo de todos los impuestos y existe la obligación para cada empresa de depositar sus beneficios en una cuenta bancaria en Malí la citada empresa china, que ya había invertido más de 100 millones de euros, sigue adelante con la explotación. Assimi Goïta ha calificado a Pekín de «socio estratégico y sincero, que ha acompañado a Malí en su lucha por la soberanía económica y política».

Por otro lado, los intereses chinos en las minas de oro de Malí también han aumentado significativamente desde la llegada al poder de Goïta, desplazando a grandes empresas de titularidad canadiense y australiana, como son Barrick Gold y Resolute Mining. La presencia china se hace notar ya en la capital, Bamako, principalmente en el barrio de Niarela, así como en las regiones auríferas del oeste y del sur del país (región de Kita, a 190 kilóme-

tos al oeste de Bamako, y en la región de Kéniéba, cerca de la frontera con Guinea).

A su vez, la expansión económica china también ha puesto el ojo en los vecinos Níger y Burkina Faso. En este último, la empresa China Yunhong International Holdings ha obtenido permisos de prospección del gobierno para tres áreas mineras, Somanguina, Paspanga y Yelembassé, y no solo para la extracción de oro, sino también cobre y níquel.

En Níger, China está explotando la salida de Francia para introducirse en un sector estratégico necesario para su desarrollo: el uranio. Deseosa de ampliar su parque nuclear, la demanda de este material ha crecido de manera exponencial por lo que necesita nuevas cadenas de suministro. En Níger las autoridades hicieron público el anuncio de que la Compañía Minera Azelik (Somina) reanudaría sus actividades tras diez años de inactividad causada por la caída de los precios mundiales del uranio. La mina es propiedad mayoritaria de la China National Nuclear Company.

Al igual que lo ocurrido en Malí, Níger quiere revisar la explotación de sus materias primas por empresas extranjeras. En junio y julio de 2024, se revocaron las licencias de explotación de la francesa Orano y de la empresa canadiense GoviEx para la mina de Madaouéla y la de Imouraren, considerada, con sus 200.000 toneladas de reservas, uno de los mayores yacimientos de uranio del mundo.

Rusia ha aumentando su presencia y compromiso económico con las juntas militares de Malí, Níger y Burkina Faso

Por otro lado, Turquía se está convirtiendo en otro actor a tener en cuenta debido a su activa expansión centrada en tres áreas principales: diplomacia, seguridad y economía. El presidente turco Recep Tayyip Erdogan ha girado su atención hacia África, presentándose como una alternativa a las potencias tradicionales (Estados Unidos, Francia, Rusia y China) en materia de desarrollo, construcción de alianzas y cooperación militar. Así, se ha convertido en un importante proveedor de armas centrando sus exportaciones en drones y armas pequeñas; a su vez, su presencia militar (Fuerzas Armadas turcas y empresas militares privadas) se ha expandido rápidamente. Basándonos en datos del Instituto Internacional de Investigación para la Paz de Estocolmo del año 2024, Turquía está al mismo nivel que Rusia como el tercer mayor proveedor de armas de África Occidental. Los drones militares son fundamentales para este esfuerzo, siendo Baykar Technology, el principal productor de drones de Turquía. Dieciocho estados africanos, más de la mitad en el norte de África y el Sahel operan drones

ANÁLISIS

de combate turcos. Etiopía y Libia han utilizado estos drones en guerras civiles, y no se descarta que se produzcan despliegues similares en el Cuerno de África y el Sahel.

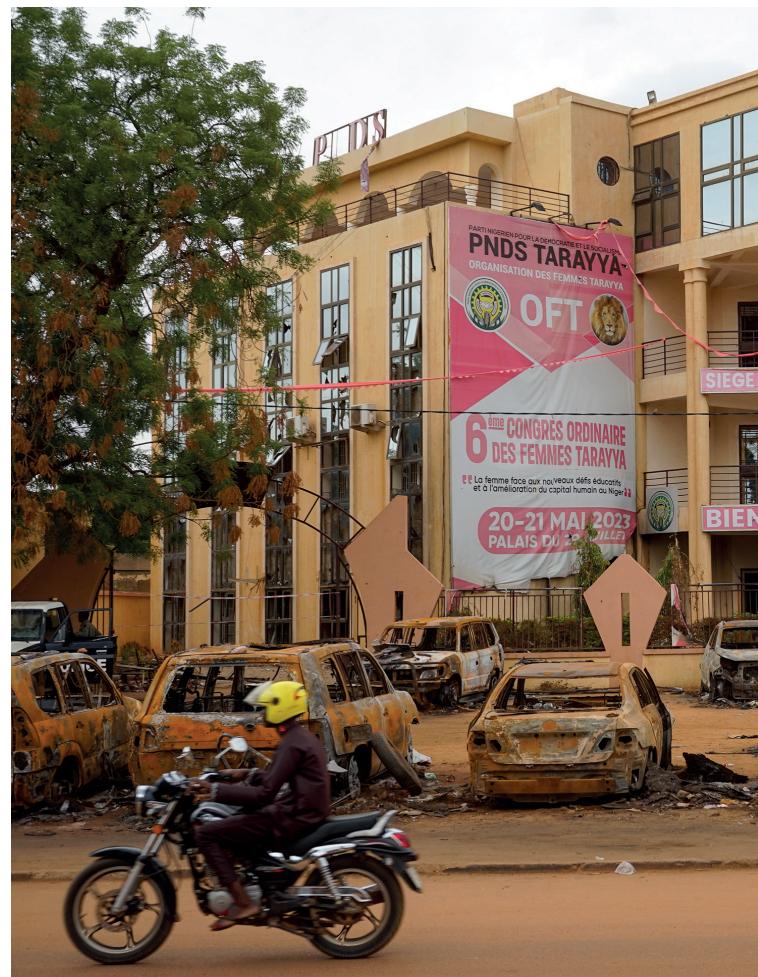
ACCIONES DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

La inestabilidad en la zona ha impulsado la celebración de diferentes reuniones en foros internacionales para tratar la situación del Sahel. En mayo de 2025 tuvo lugar la tercera reunión ministerial entre la Unión Europea y la Unión Africana (reunión preparatoria de la Cumbre celebrada el pasado mes de noviembre). Los ministros de Asuntos Exteriores de los dos organismos se reunieron para hacer balance de los progresos realizados desde la sexta cumbre UE-UA en febrero de 2022. Durante la reunión se cambiaron impresiones sobre la asociación entre la UE y la UA y sobre la manera de seguir reforzando la cooperación en este año histórico que marca el 25º aniversario de su duradera y especial asociación. Los debates giraron en torno a la paz, la seguridad y la gobernanza; el multilateralismo; la prosperidad; las personas, la migración y la movilidad.

La reunión fue copresidida por la Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Kaja Kallas, y el ministro de Asuntos Exteriores de Angola, Tete António, presidente del Consejo Ejecutivo de la UA. Una de las principales conclusiones de esta reunión fue que África es una prioridad geopolítica de la UE en un momento de creciente volatilidad geopolítica. La UE y África pueden exhibir una fuerza política y económica muy considerable si actúan conjuntamente. La UE y sus Estados miembros siguen siendo el primer socio comercial de la mayoría de los países africanos, el primer inversor y el primer donante humanitario y de ayuda oficial al desarrollo, con 309 000 millones de euros de inversiones extranjeras directas en África en 2022.

En 2025 se ha celebrado el 25º aniversario de la asociación entre la UE y la UA, siendo un año crucial para comprobar su vigencia y solidez. En el actual contexto de inestabilidad política, inseguridad y dificultades económicas, surgió la iniciativa del Foro sobre la Gobernanza del Sahel, concebido como una plataforma decisiva para redefinir la gobernanza y promover soluciones duraderas en la región. Fue convocado junto con la Fundación Goodluck Jonathan (GJF), la Oficina de las Naciones Unidas para África Occidental y el Sahel (UNOWAS), la Oficina del Coordinador Especial para el Desarrollo en el Sahel (OSCDS) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). El foro se presentaba como un punto de inflexión y un cambio de narrativa que deja de ver al Sahel como un problema que debe resolverse desde el exterior, y lo reconoce como una subregión que puede rediseñar su propio futuro. El Foro de Gobernanza del Sahel, por lo tanto, ha tenido mucho de posición desafiante por la gobernanza inclusiva, el fortalecimiento institucional y la paz sostenible.

En este sentido, el que el Foro se desarrollara en Gambia ha estado cargado de simbolismo, teniendo en cuenta el pasado go-



bierno autocrático del país; Gambia ha surgido en los últimos años como un ejemplo claro de renovación democrática. Su transición pacífica del poder en 2017 puso de manifiesto la supremacía del diálogo sobre la violencia. En Banjul la región recordó lo que es posible cuando se protege y nutre la democracia, objetivo claro de este Foro.

CONCLUSIÓN

El Sahel es una región de enorme importancia para los intereses occidentales, donde coinciden una serie de amenazas intrínsecas, junto con otras impuestas por factores exteriores. Muchos y variados actores externos tratan de influir desde diferentes ángulos y con diferentes objetivos (como es el caso de Rusia y su influencia militar y de seguridad o China más orientada a la parte socioeconómica).

España no es ajena a estas preocupaciones, siendo una de las pocas naciones que ha mostrado su gran interés en tratar de



Issifou Djibo/EFE

estabilizar la región, resaltando, en todos los foros internacionales, la importancia del Sahel para despertar la concienciación del resto de países europeos. Con la salida de Francia de este escenario, España se muestra como socio fiable para los países de la región, estando presente en múltiples operaciones en el contexto de seguridad y defensa. Se podría mencionar la operación EUTM en la República Centro-africana, la operación EUTM Somalia, así como actividades operativas en la costa occidental africana y Golfo de Guinea. Enmarcadas dentro del concepto Diplomacia de la Defensa, España ha cooperado en el continente africano con misiones militares que contribuyen a la acción exterior del Estado. Esta cooperación se ha plasma-

do básicamente en despliegues de unidades navales que desarrollan operaciones de seguridad marítima y seguridad cooperativa con diversos países de África occidental. Países como Mauritania, Gabón, Ghana, Senegal y Cabo Verde son claros ejemplos de dicha contribución.

Para poder responder de una manera adecuada a las tensiones que afronta este territorio no basta solo con una respuesta desde el punto de vista militar; es absolutamente necesaria una visión integral que aborde temas de educación, gobernanza, iniciativas de desarrollo e impulso económico. El enfoque no debe ser desde el prisma «occidental» sino teniendo en cuenta la idiosincrasia, la cultura y la tradición de los diferentes pueblos que ocupan el Sahel, sus valores y forma de pensar. En este punto, resulta clave la educación y la implicación de la juventud, así como la participación de las comunidades locales, elemento esencial para garantizar que estas iniciativas sean efectivas y sostenibles en el largo plazo.

Los jóvenes han demostrado ya su descontento con la situación actual en diferentes países, provocando sus protestas algunos cambios políticos de calado. Las movilizaciones de la denominada «Generación Z» por todo el mundo (Indonesia, Nepal, Marruecos Kenia, Perú, Bangladés) la convierten en un factor a tener en cuenta para la estabilización de la región; aunque pueden también convertirse en un factor muy desestabilizador si continúa la pérdida de oportunidades educativas, la falta de futuro, los desplazamientos internos debido a la falta de recursos y el empeoramiento de la pobreza de las familias. El mayor riesgo es que esta situación impulse a la juventud a involucrarse en la delincuencia y el terrorismo. El empeoramiento de las condiciones de la vida cotidiana solo puede prolongar las crisis políticas y de seguridad de la región y acentuar sus fragilidades.

No todo es negativo y hay signos de que la mejora es posible; como ejemplo vemos como Benín, Costa de Marfil o Senegal han conseguido un relevante crecimiento económico en los últimos años. Para que se pueda avanzar en la mejora económica en la región, es necesario que los agentes externos y las instituciones financieras internacionales tengan en cuenta el contexto local y la creciente animadversión que existe hacia las intervenciones impulsadas desde el exterior. La colaboración debería basarse en priorizar la inversión y la reforma de la educación y de la formación profesional, buscando un futuro para toda esa masa joven, estimulando la economía local (basada en producción agrícola, ganadería y explotando los recursos naturales a escala sostenible) evitando de esa manera los movimientos forzados dentro de la región y creando la esperanza de un futuro atractivo.

Es necesaria una visión integral que aborde temas de educación, gobernanza y desarrollo